

JULIO FLOREZ

EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

No. 82

Cuadernillo de Poesía Colombiana

Ediciones de Universidad Pontificia Bolivariana

P R E S E N T A C I O N

Por Jorge Montoya Toro

La exuberancia tropical se desparrama por la poesía de Julio Flórez en torrentosa fuerza incontenible. No hay diques que contengan su potencial lírico, que filtren el verso de imperfecciones y de excesos retóricos. Los lugares comunes pasan entreverados a las más delicadas expresiones y ocultan, con su hojarasca sentimental, los aciertos expresivos del poeta chiquinquireño. Sin embargo, al fondo de la acumulada materia del caudaloso tropicalismo, brillan con intermitentes destellos finas perlas poéticas que no alcanza a deslustrar la profusión de prosaísmos y de superficiales versos de circunstancia.

Aparece Julio Flórez ya a fines del siglo, cuando el romanticismo declinaba y se avizoraban nuevos horizontes literarios. Era el momento de tránsito hacia los mundos intuídos del simbolismo, hacia el encantamiento de sugerentes comarcas circuídas de misterio y de musicales ensueños. "La Gruta Simbólica", tertulia que congregaba a poetas supérstites del romanticismo y a entusiastas pregoneros de las nuevas tendencias, fue el refugio de quienes oscilaban entre la escuela que moría y el mundo maravilloso que prometía el simbolismo.

Eje y capitán de *La Gruta* fue Flórez, aferrado a los estertores de un romanticismo ya desprovisto de la gracia alada de los poetas anteriores y cultivador de los vicios de la escuela, especialmente del enfermizo desengaño y del pesimismo fin de siglo, con toda su secuela de males y su tendencia a la expresión incontrolada de sentimientos que lindaban muchas veces con lo teatral y de mal gusto. Pero Flórez era un poeta, así le nieguen el dón sus críticos y detractores; y a pesar de sus innumerables caídas, de sus frecuentes altibajos líricos, logra momentos de insuperable belleza, en sonetos como "Resurrecciones" y en poemas de

la calidad de "La Araña" y "Año Harmónico". Claro está que la escasa cultura literaria del gran trovador popular no le permitía ascender el lenguaje, depurarlo de inútiles arreos y de los ímpetus incontrolados de su espíritu emotivo. Le faltó comprender, con Gutiérrez González, que las dolencias íntimas pueden expresarse, pero sin necesidad de recurrir al estridentismo, frenando los impulsos y adelgazando los vocablos para que el torrente expresivo no vaya a ahogar la esencia pura de los más nobles sentimientos y a convertir, lo que pudiera ser inefable efusión, en derroche de sentimentalismo intrascendente. Porque como lo dijera bellamente el cantor de *Aures*, "también las penas tienen su pudor".

Nació en Chiquinquirá (1867). Murió en Usiacurí (1923). Hizo escasos estudios. Fue de los principales animadores de la "Gruta Simbólica". Viajó por varios países de América y Europa. Fue adjunto de la Legación Colombiana en Madrid. Editó los siguientes libros: "Horas", "Cardos y Lirios", en Colombia; "Gotas de Ajenjo" y "Fronda Lírica", en España. Ediciones póstumas: "Poesías", en España; "Oro y Ebano", en Colombia, con prólogo de Rafael Maya.

NOCHES DE NOVIEMBRE

Ya llega el rudo invierno
con sus mordientes ráfagas,
con sus tupidas nieblas
como flotantes sábanas;
ya ruedan de los troncos
enfermas las parásitas
y están las flores mustias
y las mujeres pálidas.

La densa lluvia cae
con espantoso estrépito,
sus membranosas alas
agitan los murciélagos,
y en las inmensas playas
el mar, undoso y pérfido,
quebrántase en las rocas
con ímpetu colérico.

En las pajizas chozas,
raqúuticos y escuálidos,
los niños se acurrucan
ante el rescoldo cárdeno
y allí tiritan... lloran
al escuchar los ásperos
y lúgubres chillidos
de los siniestros cárabos.

Por las oscuras grietas
de las mortuorias lápidas
las gotas de la lluvia
descienden, frías, lánguidas:
¡Oh trágico destino!...
Tal vez únicas lágrimas
que en su mansión de sombras
reciben los cadáveres!

Doliente y ojerosa
la luna avanza tímida
y escóndese en las nubes
y inmóviles, ya undívagas;
en las desiertas calles,
sobre las losas frías,
medio desnudas tosen
las pordioseras tísicas.

¡Allá lejos sacude
sus alas el relámpago,
despréndense las hojas,

despiértanse los pájaros;
azota las vidrieras
con recio impulso el ábrego,
y el rayo cruza y hiere
como celeste látigo!...

Resuene en nuestras bocas
en esta noche tétrica,
y esconde entre mis manos
tus manecitas trémulas!
Calor y luz ansío
de tu mirada angélica,
mientras la brisa charla
con la llovizna gélida.

Resume en nuestras bocas
el beso como un cántico,
y en tanto que apuremos
nuestra ventura estáticos,
que azote las vidrieras
con recio impulso el ábrego
y el rayo cruce y hiera
como celeste látigo.

Mas ah! Bien sé que no oyes
mis delirantes súplicas;
bien sé que estás muy lejos
¡oh blanca estrella fúlgida!
Por eso de mis labios
se disipó la púrpura
y están mis ojos tristes
y mis pestañas húmedas!

Tal vez mañana mismo
cuando estos melancólicos
cantares a ti vuelen
con su vibrar monótono,
yo duerma solitario
bajo el sepulcro lóbrego
soñando que me estrechas
contra tu seno mórbido.

Pues yo sé que el invierno
con lento paso rítmico
se irá con sus tristezas
y su ropaje lívido...
Pero éste que yo guardo,
tal vez el más fatídico
de todos los inviernos,
eterno es en mi espíritu.

AÑO HARMONICO

Primavera

Sobre el césped del cortijo va la niña
tierna, rubia, frágil, blanca;
bajo el brazo la muñeca
de cartón, rosada y hueca
salta, corre, canta, grita,
y sus fúlgidos ojazos copian toda
la pureza de la bóveda infinita.

Vedla: es ritmo
y es donaire;
sus desnudos pies se agitan y parece
que también tuviesen alas
como el aire!

Dulcemente el aura toca
el capullo de su boca
que es esencia y es frescura
y es panal, húmedo y tibio,
de miel pura.

Va contenta, retozona,
va de prisa;
y en sus labios aletea
como un ave sobre el nido, la sonrisa.

Primavera en los jardines,
bosques, valles y barrancas,
echa rosas, rosas, rosas,
rosas blancas.

Una crencha rubia miente
un celaje, sobre el ampo de su frente;
frente casta,
perla enorme que en el oro de sus rizos
arcangélicos se engasta;
frente pura que humedece
el sudor, y que parece,
bajo el soplo sano y frío
de los céfiros, carmelia
empapada de rocío.

Va la niña; tal vez sueña
con las hadas, y se cuenta

ella misma, el cuentecillo
de la pobre cenicienta.
Y sus gritos melodiosos
en las ráfagas deslíe,
juguetona, parlanchina,
mientras salta, corre y ríe.

Nace el alba; vibra el orto
sus espadas de reflejos,
y el espacio se sonrosa, y un gran vaho
de perfumes acres, llega
de muy lejos.

Primavera en los jardines,
bosques, valles y barrancas,
echa rosas, rosas, rosas,
rosas blancas.

Estío

Es rescoldo
la ancha tierra; bajo un toldo
de verdura, una joven campesina
en el pecho de su amante
se reclina;
un arroyo serpentea, susurrante,
salta en tumbos que retumban
en las rocas del vibrante
bosque espeso;
los insectos giran, zumban
como nube de ámbar y oro,
y en el aire suena un beso
y un "te adoro".
Ni una nube
mancha el cielo;
un gran hálito de horno, sube, sube
a las ramas silenciosas, desde el suelo.

¡Cuán hermosa
la muchacha! Su mejilla
viva rosa;
y su boca, almibarada,
tiene muchos más rubíes,
muchos más que una granada!

Olorosa como el heno,
y brillante como el heno, su cabeza
se endereza

como enorme flor de oro,
sobre un talle de esbeltez y vida lleno,
mientras se alzan, con la espuma
del encaje de su traje,
 medio ocultas,
las dos ondas de su seno.

 El estío, por las ramas,
soñolientas, tembladoras,
filtra llamas, llamas, llamas
 quemadoras.

Un suspiro, moribundo,
de amor, pasa por el mundo;
y la joven, suelto en rizos el cabello
 poderoso y ondulante,
sus desnudos brazos finos,
 echa al cuello
 de su amante;
 y se ciñe, toda, toda,
al mancebo noble y fuerte:
 es el día de su boda.
 Con voz tierna,
 asegura que su dicha
 será eterna.

Por un claro del gran bosque yo la veo
 que se agita, jadeante,
 bajo el ansia del deseo.
El ambiente la sofoca;
el placer la descoyunta;
 y, ebria y loca,
a los labios del mancebo,
sus ardientes labios junta.
Y las dos palpitaciones
de sus buenos corazones
 anhelantes
repercuten de la selva en los rincones
 más distantes!...

 Medio día!
 al cenit el sol ya llega,
y sus dardos ardorosos, deslumbrantes,
a la madre tierra envía.

 El estío, por las ramas,
soñolientas, tembladoras,
filtra llamas, llamas, llamas,
 quemadoras.

Otoño

Luz de luna
su mirada;
su pupila
noche bruma;
sus ojeras
guardan toda la ceniza
que cayó, cuando sus ojos
fueron vívidas hogueras;
su pestaña engarza en oro
un diamante de su lloro.
En un bucle que sus sienas engalana
como un hilo de alba seda, se desliza
una cana.

En el campo
del sol mira el postrer lampo
taciturna...
del sol triste que se emboza, poco a poco,
en la clámide nocturna!
Desteñida, no provoca
ya la adelfa de su boca:
porque es flor que la sonrisa ya no mueve;
hoy sus pétalos pegados y sinuosos,
no descubren el refugio
de la nieve;
boca triste, boca seca:
en sus róseas comisuras,
de fastidio hay una mueca.
Sin embargo,
a pesar de aquel constante
dejo amargo,
en su rostro, todavía marfileño,
hay un no sé qué de dulce...
de fantástico... de ensueño!...

El otoño, en las orillas
del camino, riega hojas,
hojas y hojas
amarillas.

De su frente
la tersura
se deshace lentamente:
la visión del blanco invierno,
al blancor de aquel semblante
pone en fuga...
y se alarga entre sus cejas, desdeñosas

y enarcadas, honda arruga!
En sus manos, bien cuidadas,
todas llenas
de sortijas, se insinúan
las azules serpentinas de sus venas;
y su barba, como lirio
melancólico y maltrecho,
agoniza en los encajes
de la dobla y blanda loma
de su pecho.

Solitaria, yo la veo
en un banco
del paseo;
tal vez sueña con las flores
de otros tiempos: sus amores!
Los recuerdos más hermosos
y gratísimos
ahora,
tal vez pasan por su mente,
mientras llora...
Es la tarde. Allá a lo lejos,
su cabeza el sol sumerge
en la sangre de los últimos reflejos...

El otoño, en las orillas
del camino, riega hojas,
hojas y hojas
amarillas.

Invierno

Tras la lóbrega ventana
de una choza, hay una anciana;
hila, hila,
y enturbiando su pupila,
de sus lágrimas dos gotas,
al salir, de cuando en cuando,
y al brillar fingen dos gruesas
perlas rotas.
Sus mejillas,
lacias, caen; se entrechocan
sus rodillas.
Viste luto,
y una huella, casi extinta,
hay apenas en su pobre seno enjuto.
En su frente
dejó el tiempo despiadado

el ultraje
de su arado.
Y su boca
ya marchita,
es un hueco de oraciones,
de oraciones que musita
ella, sola, en los rincones
de la estancia: ¡pobrecita!

¿Qué se hicieron los encantos
de su cuerpo? ¿Qué las épocas felices?...
De sus manos sólo quedan...
dos raíces!
El invierno, sobre el techo
de la choza, llueve, llueve,
llueve copos, grandes copos
de alba nieve.

Sopla el cierzo... y la cabeza
de la triste anciana, eriza;
la cabeza que parece
de ceniza.
Cruje el tuero;
de rescoldo hay un reguero
en el fúnebre recinto de la estancia,
y sañuran los tizones
el ambiente de una exótica fragancia.

Débil, mustia y alelada,
¿en qué sueña aquella triste
mujer sola?
¿en qué sueña? en nada, en nada!
Solo advierte
que a sus plantas va formándose el vacío...
y que siente todo el frío
espantoso de la muerte!

En el cielo
desolado, el ruido
de su vuelo
y el graznido
de su canto, deja oír en las tinieblas
un mochuelo.
Es de noche; no hay un astro!
todo es sombra
en el llano y en el bosque,
y en la vega que parece de alabastro.
A la puerta
ladra un gozque.

El invierno sobre el techo
de la choza, llueve, llueve,
llueve copos, grandes copos
de alba nieve!

LA PEDRERIA DEL DOLOR

El Divino Señor, bajo la fría
impasibilidad del firmamento
tronchado por el último tormento,
en el regazo maternal yacía...

Ni un reproche! Ni un ay! Sólo se oía
en aquel melancólico momento,
como un susurro musical, el lento
gotear de los ojos de María!

El llanto de la madre que bañaba
el cadáver del hijo, se mezclaba
con los grumos de sangre carmesíes,

y eran así las carnes nazarenas,
un búcaro de lirios y azucenas
cubierto de diamantes y rubíes.

EL CANTO LIBRE

Soy un pájaro lírico. Yo estuve
en una jaula —la ciudad— hoy vuelo
sin trabas, como el cóndor y la nube,
por el mar, por la tierra y por el cielo.

Ayer en mi prisión ruidosa y vasta
hondamente canté mis propias penas,
mis decepciones y mis iras y hasta
mis otras desventuras, las ajenas.

Entonces fue mi canto un gran gemido;
mas hoy que libre el firmamento sondo,
lejos del fastuo y del odioso ruido,

a las miradas del burgués me escondo
de un monte en lo más alto, y cuelgo el nido
al aire, porque así canto más hondo!

ALTAS TERNURAS

I

Una vez acerquéme, compungido,
a mi Madre —mi Madre fue una santa
que pasó por el mundo; bondad tanta,
en otro corazón no he conocido—.

Valor la iba a pedir, consuelo, olvido,
para seguir viviendo. En mi garganta
se anudaba la voz. *Ella*, con cuánta
piedad oyó mi acento dolorido.

¡La iba a mostrar el mar de mi tristeza;
la roca de mi duda; la maleza
agresiva y hostil de mi fastidio;

a pedirla de amor una mirada
que, al radiar en mi senda desolada,
me apartase del antro del suicidio!

II

—Madre —la dije— el fardo de la vida
me agobia de tal modo, que no puedo
resignarme a vivir; y voy, sin miedo,
a entrar en la región desconocida...

¡Sálvame! —Su mirada condolida
se alzó a compás de su tembloroso dedo,
y —espera— dijo, con susurro quedo—
¡Dios besaré los labios de tu herida!

Después, cogió en sus manos mi cabeza,
y la apoyó en su seno, q'el quebranto
enjutó en una vida de tristeza.

¡Y humedeció mi frente mientras tanto,
como con un bautizo de pureza,
con el agua bendita de su llanto!

III

Sus lágrimas de amor —esencia pura
de su inmenso pesar— en lluvia clara
cayeron, y en los surcos de mi cara
formaron un arroyo de ternura.

Arroyo que, al mojar la comisura
de mis labios, dejó una huella rara:
dejó miel en mi boca, ¡como para
endulzar todo el mar de mi amargura!

¡Era que el llanto del amor materno,
que, hasta entonces pensé fuera de acíbar
como los otros llantos, aunque tierno,

dejando, al estallar, las celdas rotas
del panal de aquella alma, como almíbar
se desgranaba en transparentes gotas!

IV

—¡Júrame por tu Dios que, mientras viva
yo, no te matarás! ¡Júralo, hijo!—
mi Madre, estremeciéndose, me dijo;
y se quedó un instante pensativa.

Después con una voz más compasiva,
continuó: —solamente eso te exijo;
luego... puedes matarte, que de fijo,
¡no será tu alma de Satán cautiva!

Porque habré de pedir con tanto celo,
al Supremo Hacedor, después de muerta,
que te perdone, que obtendré mi anhelo!

Y, cuando expires, estaré yo alerta,
para adornar, a tu llegada el cielo,
¡porque Dios mismo te abrirá la puerta!—

V

Rodé a sus plantas y exclamé: —¡lo juro!—
y añadí: —cómo imaginar pudiste,
que este sér, que por ti tan sólo existe,
pudiera abandonarte en lo futuro!—

Entonces, *ella*, me besó; y su puro
beso de luz, cuyo calor persiste
en mi frente, cruzó por mi alma triste,
como una estrella por el cielo obscuro.

—Es verdad —murmuró— no desconfío,
mas, para disipar todos mis miedos,
jura también, desventurado mío,

que, aunque el Dolor tu espíritu taladre,
¡cerrarás, con la punta de tus dedos,
los pobrecitos ojos de tu madre!—

VI

Me parece que aún su voz resuena,
como murmurio de agua cristalina;
como el blando rumor de la marina
onda que va a morir sobre la arena.

Fugaz la vibración de tanta pena,
cruzaba entonces por su faz divina,
como suele cruzar la golondrina
el azul de una atmósfera serena.

Porque, al punto, sus ojos —insondables
piélagos de miríficas ternuras—
y sus marchitos labios adorables,

que sólo saborearon amarguras,
bulleron en sonrisas inefables,
en sonrisas de santa: ¡eran tan puras!

VII

Desde aquel día, refrené la amarga
obsesión de morir; y, con paciencia,
Madre, por tí, llevé de la existencia,
calladamente, la penosa carga.

¡Hoy que el recuerdo de tu amor embarga
mi corazón, resurge tu presencia
de Mártir, en la sombra y la inclemencia
de esta noche tan lúgubre y tan larga!

Oigote alzar tus fervorosas preces,
y, por poner a mis temores traba,
ocultarme tu angustia: ¡cuántas veces,

por no hacerme sufrir —¡tarde lo entiendo!—
contuviste la tos que te mataba...
pues, sin saberlo yo... te ibas muriendo!

VIII

Aún te miro —con el alma loca
por el pesar— tendida sobre el suelo;
de tus pupilas empañado el cielo,
sangre manando la entreabierto boca.

¡Me parece que aún mi mano toca
tu frente blanca y fría como el hielo;
y que me abrazo a ti, con un anhelo
furioso, como el náufrago a la roca!

Beso, otra vez, tu boca inanimada,
como una flor de nieve empurpurada
por la sangre que rápida corría...

Y oigo mi grito, el formidable grito
que voló de mi pecho al infinito.
Aquel grito de: ¡Muerta! ¡Madre mía!

IX

Terriblemente pálida, a tu lecho
te llevé... y vi, por la hemorragia rojos
tus labios mustios; tus abiertos ojos
grandes y acuosos, fijos en el techo.

Te entrelacé las manos sobre el pecho,
y tus miembros, aún tibios y flojos,
palpé aturdido... y ante tus despojos,
permanecí de un hálito en acecho.

Fue lentamente congelando el frío
tus facciones augustas y serenas;
quedó tu cuerpo rígido y... vacío;

porque, bajo tu carne de azucenas,
¡también huyó, con el sangriento frío,
hasta el azul del cauce de tus venas!

X

Al verte, Madre, entre los brazos presa
de la Parca, ceñime a tus despojos,
y, con mis dedos, te cerré los ojos,
cumpliendo así mi funeral promesa.

¡Cómo es la vida! Aquella tarde, ilesa,
del sol poniente ante los rayos rojos,
de un crucifijo al pie, puesta de hinojos,
yo, dejádote había; y ¡oh, sorpresa!

¡Tornaba, aquella tarde, más dichoso
a tu lado, que nunca! de repente
entré a tu cuarto: hallélo silencioso...

Y, al buscar tu mirada y tu sonrisa,
con tu cadáver tropecé... ¡y hay gente
que afirma aún que el corazón avisa!

XI .

¡Ah, pobre Madre mía idolatrada!
yo te juré vivir mientras vivieras;
y aunque bien sé que sin cesar me esperas
¡tú no quieres que acorte la jornada!

¡Porque tú estás en mí, reconcentrada,
como si el todo de mi vida fueras!
¡Madre —te juré yo— mientras no mueras,
esta existencia atroz, será sagrada!

Y como tú no has muerto (aunque a la fosa
dicen que te llevé), porque te siento
junto a mí, más querida y cariñosa,

¡no sé si el exhalar mi último aliento,
hoy, por mi voluntad, Madre piadosa,
será o no quebrantar mi juramento!

XII .

¡Y en esa duda me revuelvo y gimo:
no sé si al acercarme, en esta hora,
a ti —destello de la gran aurora
celestial— te complazco o te lastimo!

Mas, como tengo tu constante mimo,
esperaré a la Muerte bienhechora
que me aproxime a ti, ¡dulce Señora!
¡ya que a ti, por tu bien, no me aproximo!

¡Qué importan mis constantes sinsabores;
qué de mi suerte las terribles sañas
en este inmenso valle de dolores,

si sé que por doquiera me acompañas,
porque te llevo —¡amor de mis amores!—
como tú me llevaste... en las entrañas!

XIII

Esperaré; y en día no lejano,
cuando se apiade mi contraria suerte
y me depare el ósculo de muerte
que ha de salvarme del contagio humano,

pienso que cielo y tierra y oceáno
de gozo temblarán... y que yo, al verte,
¡caeré, de nuevo, en tu regazo, inerte,
después de traspasar el hondo arcano!

Mas luego, nuestras almas en un grito
de amor se fundirán... y un mismo anhelo
nos llevará a los pies del Dios bendito;

y así como esos astros, de áureo vuelo,
que vagan de infinito en infinito,
¡volaremos los dos, de cielo en cielo!

XIV

¡Y en un eterno abrazo confundidos,
lejos de las mundanas mezquindades,
oiremos en las altas claridades,
de la angélica orquesta los sonidos!

¡Y veremos, con ojos sorprendidos,
la desaparición de las edades,
hasta que el mundo, envuelto en tempestades
caiga en rotos fragmentos esparcidos!

Y cuando en esa vida misteriosa,
toda mi sed de dicha se mitigue,
y tú sientas la calma prodigiosa,

como en el cielo todo se consigue,
¡tú, serás una estrella esplendorosa!
¡yo, un satélite tuyo... que te sigue!

IDLIO ETERNO

Ruge el mar, y se encrespa, y se agiganta;
la luna, ave de luz, prepara el vuelo;
y en el momento en que la faz levanta,
da un beso al mar, y se remonta al cielo.

Y aquel monstruo indomable, que respira
tempestades, y sube y baja y crece,
al sentir aquel ósculo, suspira...
¡y en su cárcel de rocas... se estremece!

Hace siglos de siglos, que, de lejos,
tiemblan de amor en noches estivales;
ella le da sus límpidos reflejos,
él le ofrece sus perlas y corales.

Con orgullo se expresan sus amores
estos viejos amantes afligidos:
ella le dice "¡te amo!" en sus fulgores,
y *él* prorrumpe "¡te adoro!" en sus rugidos.

Ella lo aduerme con su lumbre pura,
y el mar la arrulla con su eterno grito
y le cuenta su afán y su amargura,
con una voz que trueno en lo infinito.

Ella, pálida y triste, lo oye y sube,
le habla de amor en su celeste idioma,
y, velando la faz tras de la nube,
le oculta el duelo que a su frente asoma.

Comprende que su amor es imposible,
que el mar la acopia en su convulso seno,
y se contempla en el cristal movable
del monstruo azul, donde retumba el trueno.

Y, al descender tras de la sierra fría,
le grita el mar: "¡en tu fulgor me abraso!
¡No descendas tan pronto, estrella mía!
¡Estrella de mi amor, detén el paso!

¡Un instante mitiga mi amargura,
ya que en tu lumbre sideral me bañas!
¡No te alejes!... ¡No ves tu imagen pura,
brillar en el azul de mis entrañas?"

Y ella exclama, en su loco desvarío:
"¡Por doquiera la muerte me circunda!
¡Detenerme no puedo, monstruo mío!
¡Compadece a tu pobre moribunda!

¡Mi último beso de pasión te envió;
mi postrer lampo a tu semblante junto!...".
Y en las hondas tinieblas del vacío,
hecha cadáver, se desploma al punto.

Entonce el mar, de un polo al otro polo,
al encrespar sus olas plañideras,
inmenso, triste, desvalido y solo
cubre con sus sollozos las riberas.

Y al contemplar los luminosos rastros
del alba luna en el obscuro velo,
tiemblan, de envidia y de dolor, los astros
en la profunda soledad del cielo.

¡Todo calla!... ¡El mar duerme, y no importuna
con sus gritos salvajes de reproche;
¡Y sueña que se besa con la luna
en el tálamo negro de la noche!
